

Educación popular, comunicación comunitaria y economía del cuidado

Presentación del libro *Cultura
comunitaria del NO bonaerense*



*Matías Farías y María Iribarren**

Cultura comunitaria del NO bonaerense es el nombre de un trabajo colectivo, hecho por docentes, estudiantes e investigadores de la UNPAZ y siete organizaciones culturales de la región. En el texto introductorio explicamos:

La historia de este libro está ligada al cambio de rumbo que fue asumiendo el proyecto de investigación. Comenzamos así a producir entrevistas, en lugar de indicadores. En esas conversaciones con las distintas organizaciones culturales del noroeste del Conurbano Bonaerense (de más está decir que son muchísimas más que los siete colectivos que aparecen en este libro) pudimos apreciar la riqueza de cada periplo, acompañado por la notable reflexión sobre la propia experiencia política y cultural que cada organización tiene de sí y de la red en la que está o estuvo inscripta. Estas historias y reflexiones ofrecían indicios vivaces de la actividad cultural de los distintos colectivos entrevistados, de su implicación política con el territorio. En síntesis, en la textura de estas conversaciones comenzaba a perfilarse esa cartografía que buscábamos trazar inicialmente en los objetivos de nuestra investigación.

* Docentes de la Licenciatura en Producción y Desarrollo de Videojuegos y de la Licenciatura en Producción y Gestión Audiovisual de la UNPAZ, entre muchas otras cosas.

Es decir que, a poco de iniciar este proyecto, advertimos que, más temprano que tarde, íbamos a tener que elegir entre desarrollar la búsqueda bajo una perspectiva puramente “técnica” (diseñar la mejor herramienta para medir la producción cultural en los territorios, encuestar a las organizaciones) o hacerlo como quien explora en un viaje de aprendizaje. Desde luego, fue esa nuestra elección. El recorrido resultó fascinante.

Las pibas y los pibes que intervenían en la investigación fueron el puente con algunas de las organizaciones culturales que son referentes en el NO. Así nos vinculamos y entrevistamos a *Sofvial*, *El Culebrón Timbal*, *Editorial Cantamañanas*, *FM Tinkunaco*, *Saturno 5*, *Red El Encuentro* y *Mutual Primavera*, lo que nos permitió reconstruir sus periplos a través de las reflexiones sobre la propia experiencia política y cultural.

La mayoría de estas organizaciones iniciaron sus intervenciones territoriales a fines de la década del ochenta o mediados de la siguiente, en pleno menemismo. Este dato configuró la primera regularidad: hubo un momento histórico en el que vecinas y vecinos (algunes activistas, otros profesionales, todes con voluntad militante, aunque desde diferentes posiciones) salieron a la calle, se agruparon, encontraron motivos para la reunión y el consenso.

La segunda regularidad que observamos fue el protagonismo de las mujeres. Ni maestras ni profesionales: sencillamente, vecinas empujadas por la necesidad de evitar el hambre de sus hijos o de sustituir en el sostén familiar a sus compañeros desocupados. Estas mismas mujeres que levantaron ollas populares en la década del noventa, se encolumnaron más tarde en el movimiento #NiUnaMenos, engrosando las filas de la resistencia de género que sacudió la primera década del siglo XXI.

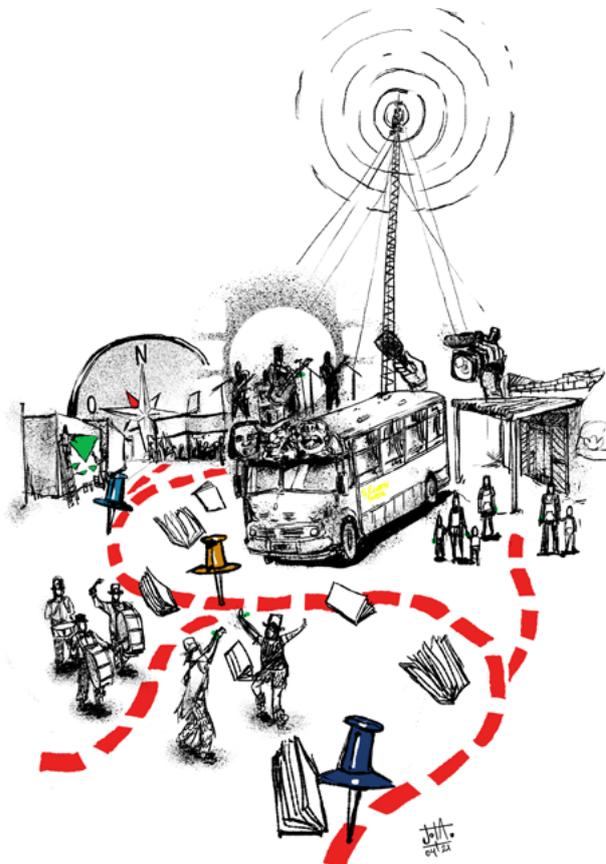
La tercera constante fue el carácter autogestivo y comunitario de la mayoría de las experiencias. A través de formas horizontales de participación política las organizaciones lidiaron con el crecimiento de la pobreza y de las desigualdades sociales, en paralelo con la ausencia de políticas públicas adecuadas a ciertos contextos. En la actualidad, los programas vigentes no terminan de calibrar la asistencia y, por ejemplo, aún no se reconoce como trabajadoras y trabajadores a las y los actores de la economía del cuidado.

Ese fue, en la mayoría de los casos, el escenario que escuchamos descripto como telón de fondo de aquellas primeras intervenciones organizadas.

Por otro lado, a medida que nos internábamos en la historia cultural del NO, fuimos entendiendo que en las experiencias documentadas predominaron dos marcos teóricos que las mismas organizaciones referenciaban, explícita o implícitamente: la “pedagogía del oprimido” de Paulo Freire y la “cultura viva comunitaria”. Es en las entrevistas a la *Red El Encuentro* y a *FM Tinkunaco* donde se aprecian más fuertemente tanto el cuidado integral de las infancias y la juventud (la nutrición, la educación, la contención en situaciones problemáticas) como la democratización de la palabra común. En la introducción del libro, lo mencionamos así:

La comunicación y la pedagogía populares son centrales en estas organizaciones por, al menos, dos razones: por un lado, porque inscriben el proyecto de transformación de los modos de significación del mundo social en el suelo mismo de la cultura popular, radicalizando la idea gramsciana de que aquí existen núcleos de buen sentido capaces de desafiar la soldadura, siempre contingente, entre estructura y superestructura al interior de un bloque histórico. En segundo lugar, porque incorporan la producción cultural a la circunstancia de un proyecto de educación popular que se distancia del vanguardismo iluminista, pero también de las opciones que dispone la educación así llamada “formal” para el pueblo. Esto no implica una ruptura tajante con la escuela, sino una relación conflictiva que combina su cuestionamiento con formas posibles de articulación entre docentes y directivos.

Entre todas las experiencias que llegamos a documentar, a los fines de presentar en *Contornos del NO* la publicación de *Cultura comunitaria del NO bonaerense*, elegimos la de la *Red El Encuentro* por varios motivos. En primer lugar, porque es la que reúne más ampliamente el conjunto de variables que caracterizó el surgimiento y la historia de esta trama comunitaria de producción cultural, educación popular y economía del cuidado. En segundo lugar, por la insoslayable referenciación y proyección de su labor en otros distritos del Gran Buenos Aires. Por último, porque fueron los



Gentileza de José “Jota” Peñaloza.

centros comunitarios de la Red los que actualizaron el pensamiento freireano¹ para ponerlo, una vez más, al servicio de las pibas y los pibes más necesitados.

Por último, la publicación de estas entrevistas por parte de la UNPAZ viene a saldar una deuda histórica con las organizaciones culturales y los pueblos del NO, al documentar, por primera vez, las experiencias particulares que confluyeron en la red social, en el motor artístico y educativo, que hoy constituyen en conjunto. Además, refuerza la sincronía entre las aulas y el territorio, necesaria para la enseñanza situada de producción cultural.

Entrevista a Red El Encuentro. Conversación con Ana Gravina²

María Iribarren (MI): ¿Cómo empieza el proyecto de la Red? ¿Cuál fue el primer paso, el inicio? En fechas, en objetivos.

Ana Gravina (AG): El proyecto empieza formal y sistemáticamente a partir de abril de 1990. Éramos siete centros que ya nos conocíamos y que habíamos tenido distintas instancias de encuentro, pero a partir de abril de 1990 empezamos a trabajar coordinadamente.

MI: ¿Qué carácter tenían esos centros? ¿Eran educativos, eran comunitarios?

AG: Todos los centros, previos al noventa (o sea, estos siete) son centros que mayormente nacen con la idea de cuidar a los chicos mientras sus papás trabajan. En una menor proporción, son centros que trabajan con familias tan lastimadas por la pobreza que necesitaban este complemento para la crianza de sus hijos y para la alimentación. La crianza en todos sus sentidos. Entonces, algunos centros realizaban estos trabajos relativos al cuidado con bebés pero también con chicos en edad de escolarización primaria, aunque el formato que van asumiendo todos es cuidar a los pibes mientras sus familias trabajan. Es lo que primero pasa. Después, la realidad del país va modificando el sentido de cada centro. Pero, en los años previos a 1990, la fortaleza estaba puesta en el cuidado, en el complemento a la escolaridad y en la crianza.

1 En septiembre de 2021, las organizaciones culturales del NO bonaerense celebraron el centenario del nacimiento de Paulo Freire.

2 La conversación original tuvo lugar en 2019 y su versión escrita fue revisada en octubre de 2020. Participaron en la conversación original María Iribarren (Equipo de investigación de “Cartografía socioeconómica de la cultura en el noroeste del Conurbano Bonaerense”) y Ana Gravina (Red El Encuentro). A ella agradecemos la cuidada revisión y colaboración en la edición de la versión escrita de esta conversación.

MI: ¿Fueron centros vecinales o proyectos desde algún municipio con algún apoyo?

AG: No, ningún municipio en ningún caso. Pensá que en ese momento solo existía el Municipio de General Sarmiento en la zona. Sí con apoyo externo al barrio en algunos casos, ligados con alguna parroquia, o con un grupo de gente con otra situación económica que decidían cooperar, por algún motivo, con la situación del barrio. A partir de los años noventa prácticamente el modelo externo no funciona y es la misma comunidad la que sostiene, especialmente grupos de mujeres que toman mucho protagonismo a partir del 2001. Porque otro pico de activación es el 2001. Surgen de la olla popular, son las vecinas que se juntan para cocinar para sus pibes y en base a eso comienza a organizarse otra cosa. Así, un grupo de mujeres que empezó cocinando nada más (“nada más” es un modo de decir: como si fuera poco, en un contexto además donde no hay recursos, cocinar y alimentar a los chicos) suma nuevas ideas para armar actividades con los chicos y mejorar el espacio. En este trabajo de crecer y de reformular se va construyendo el proyecto como red. Es un proyecto colectivo, pensado entre todos. Al cabo de los años, nosotras fuimos también aprendiendo muchas cosas a partir de una gestión que es colectiva, que está basada en la potencia que tiene el trabajo de todos juntos. Juntos vamos decidiendo criterios sobre cómo laburar, nos vamos poniendo objetivos y nos capacitamos.

MI: Hablás de mujeres. Esa es una historia que alguna vez vamos a tener que escribir. La historia de las mujeres en este país de 1976 en adelante, por lo menos. Bueno, hablás de mujeres. ¿Eran mujeres amas de casa, maestras, desocupadas?

AG: No. Son centros barriales y surgidos de la necesidad de las mismas compañeras y, en algunos casos, de los propios hijos. No hay profesionales, no hay maestras, son vecinas del barrio que tratan de resolver un problema bien concreto: cómo hacemos para que coman los pibes y pibas. Pero a partir de ahí se van armando otras cosas y el proyecto va creciendo.

Hay un proceso vivido por las mujeres que es innegable. Si vos pensás en el origen de las ollas, muchísimas compañeras salían a escondidas del marido a cocinar y a participar del centro porque ellos no querían saber nada. Después, con los años, esos maridos o quedaron por el camino o, inclusive, algunos se sumaron, comprendieron y ayudaron pero, en general, se ponían muy en contra. No las ayudaban, no colaboraban para nada, ni siquiera para los trabajos que eran más pesados en el centro, para los cuales pedíamos que venga algún marido a cooperar. También en un centro se discutió si los maridos podían venir a colaborar a la cocina y las mujeres dijeron que no los querían adentro de la cocina. Plantearon: “Che, este lugar es nuestro, lo único que falta es que los tengamos acá adentro, así que: no”. No los dejaron.

MI: ¿Y dónde funcionan? ¿En casas?

AG: No. Por suerte pudimos muy rápidamente o desde el inicio funcionar en un lugar comunitario, aunque fuera reducido, aunque fuera precario, era un árbol debajo del cual nos reuníamos. Pero eran espacios comunitarios y eso fue muy importante como para fortalecer una dinámica más institucional,

acorde con la construcción de una organización. Tuvimos un centro que funcionaba en una casa de familia, pero gestionamos un terreno y se pudo construir un edificio. Pero es clave que no sea en una casa de familia porque eso genera una dinámica muy compleja y muy difícil que obstaculiza siempre.

MI: Claro. Entonces, estamos en el 2001, los centros ya cubrían lo alimentario, pero también cubrían parte de lo educacional.

AG: Eso fue desde el inicio. Porque cuando nosotros empezamos, de los centros fundadores solo dos tenían hecha la gestión de becas en la provincia, que es el programa de Unidades de Desarrollo Infantil (UDI), que respondía muy bien a lo que nosotros hacemos porque, en realidad, fue pensado a partir de la experiencia real. Entonces, ese programa de verdad respondía, el presupuesto que manejaba era muy interesante en los años ochenta, resolvía un montón de cuestiones. Durante los años noventa tuvimos los centros fundadores que recibían aportes de este programa, pero este ingreso comenzó a deteriorarse a partir del congelamiento del cupo. Y así resultó cada vez más compleja la supervivencia. De manera que los centros que comienzan su trayectoria a partir del año 2001, lo hacen en un contexto bien distinto, los programas sociales ponían el foco no tanto en la calidad de lo que podíamos hacer sino en la cantidad de personas a las que debíamos atender. La calidad y las posibilidades de trabajo de las compañeras y compañeros se deterioraron mucho a partir de los años noventa.

MI: ¿Cuáles fueron los debates que ustedes tuvieron que enfrentar, las decisiones que tuvieron que tomar? Porque estás planteando algo que es crucial, pasamos de la calidad a la cantidad. Había que dar respuestas a muchísimos pibes y familias. ¿Cómo resolvieron o empezaron a resolver eso?

AG: Tuvimos que poner el foco en la comida porque era la demanda desesperada. Todos conocemos los índices de desnutrición, todo lo que pasó. El modelo de los centros fundadores estaba más en línea con la idea de guardería, de cuidado. Pero de golpe nos dimos cuenta de que teníamos bebés ocho horas adentro del centro y su papá y su mamá estaban en su casa. Entonces comenzamos a repensar nuestra modalidad de organización. Nos dijimos: si los adultos están muy mal, que los chicos se queden en el centro, porque a veces la situación era tan extrema que les resultaba muy difícil estar con los chicos; entonces decidimos, que los chicos vengan a comer, pero que no estén acá todo el día. A veces las familias, para que el pibe chiquito coma las tres comidas, lo dejaban todo el día. “No, que coman y que después se vayan a su casa, que se lleven la leche”. En esa línea empezamos a buscar alternativas. Ahí entendimos que los centros se tenían que adaptar a lo que el contexto imponía. De hecho, costó un montón. Recién cuando hubo mucho más trabajo para las familias, a partir del 2005, fue necesario retomar la idea del centro todo el día (y otros centros que tenían medio día incorporaron la jornada completa). Nosotros elegimos siempre tratar de responder y eso tuvo y tiene muchos costos porque muchas veces respondés sin tener las condiciones necesarias, sin tener el presupuesto.

MI: Prepotencia de trabajo, decía Roberto Arlt.

AG: Tal cual, prepotencia de trabajo. Es muy forzado, a veces te ponés en situaciones riesgosas, la pasás mal porque necesitarías muchísima más gente en los centros. Los chicos están muy mal, entonces necesitas compañeras y compañeros para que estén con ellos. Porque no podés tener treinta pibes con una persona como ocurre en la escuela. Necesitás poder conocerlo, atenderlo, escucharlo, sentarte con él. Todo eso requiere mucha gente. Siempre estás en esa tensión. Por otro lado, nosotros, como Red, tomamos la decisión de estar siempre súper atentos a la gestión. Cada gobierno trae programas nuevos o sostienen los programas históricos, entonces lo que nosotros hacemos es tener una gestión muy activa para no perder nada y estar atentos a las cosas que surgen. El recurso es siempre escaso. Y la variable que permite sostener es la pésima situación laboral nuestra.

MI: Hoy en la Red hay, creo, quince centros. ¿Qué papel cumple la Red con relación a los centros? ¿Articula conceptualmente? ¿Atiende toda el área de programas gubernamentales, municipales, nacionales? ¿Toma personal? ¿Son voluntarios? ¿Cuándo se define ese rol organizador?

AG: Bueno, por supuesto, como todo, ha habido una evolución.

MI: Digo “cuándo” no por la fecha sino para preguntar cuál es el hito, cuál es el momento o el punto de inflexión...

AG: A eso voy. Ha sido todo un proceso largo. La Red (como siempre decimos) somos todos. La Red son los centros y somos todos. Nosotros, los que estamos laburando en un equipo coordinador y administrador en la sede de la Red nos ocupamos de las tareas colectivas que implican a todos los centros. Y todos tenemos también laburo en algún centro en particular. Eso también fue cambiando con el tiempo. O sea, todos venimos de un centro y todos hoy tenemos laburo en un centro. Esa es la situación nuestra.

La Red se fundamenta en una visión política que fuimos construyendo colectivamente, un entramado de acuerdos, una construcción hecha entre todos, que todos conocemos y respetamos. Por ejemplo, tenemos espacios de decisión que son consultivos, los centros están representados por un compañero o compañera, se discuten los rumbos e incluso decisiones puntuales también. Y hay en eso una confianza basada en el respeto histórico a estos acuerdos. Los que tenemos algunas tareas más hacia afuera sabemos cuál es el límite, sabemos cuáles son nuestros mandatos. Igual hoy todo esto está en revisión. Pero funciona así. Hay una instancia administrativa centralizada porque en un momento resultó muy estratégico tener convenios centralizados, hoy estamos tratando de que haya más personerías jurídicas que permitan descentralizar la administración.

MI: ¿De los centros?

AG: Claro, de los centros, para que se puedan transferir los convenios. Es un clavo porque es un trabajo enorme, las personerías son muy caras. No es como antes que crear una asociación civil costaba dos mangos. Todo es caro, es complejo, requiere una cantidad de documentación tremenda. Pero hoy vemos este asunto como algo estratégico, porque también cambiaron mucho las condiciones, entre ellas, las impositivas. La Red no decide quién trabaja o quién deja de trabajar en un centro. Eso jamás fue una atribución nuestra como Red. Sí, como Red, tenemos un rol adjudicado y asumido por nosotros. Cuando un centro tiene alguna dificultad importante, ya sea al interior, ya sea con una familia, lo que sea que requiera intervenciones (no es una intervención externa, porque no somos externos), entonces, el equipo de la Red acompaña al centro en la resolución de ese conflicto. A veces se resuelve rápido, a veces tarda mucho, a veces no se resuelve. Eso funciona así. Suponé que hubiera una situación grave en un centro o un desacuerdo muy grande, como red podríamos plantearle a este centro que no podemos trabajar juntos porque tenemos miradas muy diferentes, pero jamás decirle “mira, tal compañera se tiene que ir”. Eso no corresponde. Eso no lo hacemos. Sí, tenemos acuerdos en común que fueron construidos colectivamente sobre criterios del uso del dinero. Hay un nivel de corresponsabilidad importante en el uso, rendimos conjuntamente a la provincia. Se comparte la revisión de las rendiciones que se mandan a provincia. Hay todo un entramado de mecanismos y criterios que se comparten. Y hay una gran confianza depositada en nuestro equipo porque también estamos laburando pensando en el futuro, pensando en las renovaciones. No queremos que esto pase sin que lo pensemos. Estamos en ese debate actualmente.

MI: Y en relación con los propósitos, los objetivos, los alcances. ¿Cómo se define la Red en este momento? Quiero decir, más allá de que siempre es necesario tener en cuenta la coyuntura, entiendo que hay una voluntad, una decisión y una convicción anterior a cualquier coyuntura. Después sos más o menos flexible a lo que está sucediendo y te acomodás o llevás un debate, pero antes que eso me parece que el armado es tan grande y tan sólido que hay una convicción previa que está ahí pesando.

AG: Sí, nosotros atravesamos diversos procesos de discusión que nos llevaron a extraer distintas conclusiones, algunas de las cuales aún hoy se sostienen. Una definición que se sostiene es identificarnos como organizaciones comunitarias, tanto los centros como la Red. Que nuestro marco es la educación popular, es otra de las premisas centrales del proyecto. Además de garantizar, dentro de nuestras posibilidades, la alimentación de los chicos (eso es un mandato muy fuerte de la Red porque reconocemos que la salud de los pibes depende en gran medida de lo que ellos pueden o no comer), hay otro mandato fundamental, que es el cuidado en el sentido más profundo. Por ejemplo, el apoyo a la escolaridad de los chicos. Los chicos necesitan muchísima ayuda para no caerse de la escuela y sus familias no se la pueden dar. Entonces, nos hemos visto en la necesidad de laburar la alfabetización. No queremos hacer apoyo escolar, pensamos que no es lo que tenemos que hacer, pero vos tenés los chicos que sabés que van a dejar la escuela y nosotros creemos que tenemos que hacer lo posible para que eso no ocurra.



Red El Encuentro está compuesta por un conjunto de organizaciones de la educación popular y comunitaria de larga trayectoria en el noroeste del Conurbano Bonaerense. *Archivo de imágenes de Sofvial.*

MI: Claro. ¿Y cómo resuelven eso?

AG: El contexto nos coloca en situaciones que nos obligan a repensarnos. Estamos hace tres años capacitándonos en alfabetización precisamente porque nos dimos cuenta (es una decisión que tomamos ahora y que queremos consolidar dentro de la Red, lo estamos haciendo con mucha dificultad) de que los chicos tienen que aprender a leer y escribir. Si no lo logran en la escuela, lo vamos a tener que hacer nosotros, pero nosotros tenemos que aprender a enseñarlo. Entonces, de ahí surge la necesidad de formarnos en la alfabetización. Después el otro gran tema son los chicos menores de 5 años. ¿Por qué? Porque el sistema educativo no responde, no hay jardines. Entonces, esta situación nos obligó a plantearnos cómo estimulamos a los chicos para que lleguen a primer grado con alguna experiencia. Y, claro, al principio nos equivocamos porque creímos que debíamos ocupar un lugar muy similar al de los jardines. Estamos tratando de deconstruir eso, creímos que lo habíamos logrado, pero más o menos. Y estamos laburando en formalizar un sistema propio de educación –mira lo que estoy diciendo, ¡una contradicción!– que intente fortalecer el modelo de educación popular, participativo e integral.

MI: En la dimensión del preescolar.

AG: Y también en los otros porque en realidad no buscamos tener un esquema necesariamente escolar, del tipo “los chicos en grupo, cada grupo según su edad”. Más bien nos interesa pensar cómo interactúan. Ese es otro gran laburo que buscamos hacer, pero que cuesta resolverlo porque no tenés la

respuesta del otro lado. O sea, si vos tuvieras todos los jardines que hay que tener, fenómeno: el pibe al contra turno del jardín, viene al centro y hace otras actividades, si es que necesita estar todo el día fuera de su casa. Ahora, si no hay un jardín, entonces nosotros alguna actividad tenemos que inventar que los ayude a compensar la falta de educación inicial formal.

MI: Claro, tienen que complementar eso.

AG: Por ejemplo a través del juego. No tenemos una currícula, ni queremos... Nosotros creemos que la educación pública tiene que responder a esta necesidad porque nos pone en un lugar muy complejo en el que no queremos estar ni debemos estar, además. Per esa es una vieja discusión que no se resuelve tampoco. Entonces, el objetivo es construir la organización, construir la Red. El modelo organizativo no es poca cosa, responde a los deseos de espacios democráticos, de espacios participativos, respetuosos de las diferencias. Hacer de estos propósitos una realidad es muy trabajoso.

MI: Sí. Sobre todo, por fuera de los instrumentos organizativos convencionales, quiero decir, un sindicato, un partido político, una organización.

AG: Sí. Además, en condiciones laborales súper injustas y precarias. Hace un rato preguntabas por las situaciones legales. No hay ningún marco legal que ampare y que reconozca este tipo de laburo. No existe. Siempre estamos adaptándonos para sobrevivir a lo que hay, pero siempre es a presión. O sea, no hay nada. Ni la figura de asociación civil. Lo que pasa es que si no le buscás la vuelta no hubiéramos sobrevivido. Por estas razones estamos planteando al Estado no aceptar más políticas públicas para las niñeces que no incluyan el sueldo de la persona que va a llevar adelante esa tarea. Basta de programas sociales para bebés que no contemplan a la persona que va a estar con el bebé. Porque esa persona es la que va a hacer la comida, lo va a cuidar o ayudar a hacer la tarea. Desde los años noventa para acá no se pudo nunca más reconocer un sueldo. En el inicio del programa alcanzaba para pagar sueldos en blanco. Luego ya no se pudo. De todas formas, hoy además de lograr el reconocimiento como trabajadores y trabajadoras con el marco de seguridad social que corresponde, estamos pensando que debería haber una ley que reconozca nuestro modelo organizativo y un vínculo laboral que nos identifique.

MI: Se requiere un diseño presupuestario diferente pensando en una realidad diferente y en circunstancias diferentes.

AG: En todos estos procesos hemos construido toda una identidad muy fuerte, muy interesante. Nosotros creemos que el centro tiene su identidad y al formar parte de la Red construye otra identidad más que se complementa. Pero a veces no se complementa y chocan también.

MI: Cuando hablás de identidad, lo que yo entiendo, es “bueno, un centro tiene una identidad que responde a un barrio, a una experiencia, a una tradición, a la gente que lo compone, supongo también a las etnias que ahí confluyen”. Cuando hablás de una Red, pensás en identidad, ¿en qué estás pensando la identidad de la Red?

AG: Yo pienso en la identidad que hemos construido...

MI: Perdón. Porque lo que es cierto es que tienen un reconocimiento importante y todo el mundo habla con mucho orgullo de la Red y con sentido de pertenencia. “La Red es de todos”. A lo mejor, no pasaste nunca por ahí, ningún pibe pasó por ahí, pero hay un reconocimiento de la Red como un espacio que es de acá. Entonces, cuando vos hablás de identidad, ¿de qué hablás?

AG: Claro, esto que ha sido un proceso de treinta años donde fuimos transitando tantos debates distintos, tantos momentos distintos. La idea de que la Red es un “entramado de acuerdos” nos permite identificarnos como “educadores populares y comunitarios”. Pero en los años noventa éramos “madres cuidadoras”. Entonces, nosotros hicimos todo un camino. Esto de ser organizaciones que buscamos la horizontalidad, que buscamos el respeto de la palabra de todos y que creemos que todos los compañeros pueden formar parte, esto requiere un espacio de formación permanente. Todavía no hablamos de eso, pero nosotros tenemos desde hace treinta años un equipo –que ha ido cambiando la gente en algunos casos, en algunos no– que se ocupa de un modelo, un modo de capacitarnos y formarnos para la tarea.

MI: Ustedes mismos.

AG: Nosotros mismos lo hemos hecho y lo hacemos, es permanente. Porque sí, vos podés tener muchas ganas de estar, pero necesitás conocimientos que no tenés. Y no es lo mismo tu casa y tus hijos que un centro.

MI: ¿Y esa capacitación es pedagógica, es en economía familiar, es economía comunitaria?

AG: En realidad, lo que nos pasa es que es tan intensa la demanda de la tarea que nos cuesta salir de la tarea, de formarnos para la tarea y hacer algunas formaciones más amplias. Por momentos lo podemos hacer, de hecho, lo hemos hecho y lo hacemos. Y, por momentos, estamos muy restringidos a que salga bien la cotidiana. Y un problema grave es que la precarización laboral provoca una rotación muy alta de compañeras y compañeros. Por ejemplo, hoy somos unas 300 personas en toda la Red pero, a grosso modo, el 50% tiene menos de tres años de antigüedad. Esto es complejo porque es como estar haciendo memoria todo el tiempo y cuesta un montón.

También fue cambiando la mirada de la capacitación. Lo dividiría en tres momentos de aproximadamente diez años cada uno. El primer bloque nos llevó, por ahí, a un modelo que terminó siendo

bastante escolarizado. Por eso en un segundo momento tuvimos allí una instancia de debate muy profunda, de redefinición de identidad. Nos dijimos: “Nosotros somos centros comunitarios, somos educadores comunitarios, tenemos que ir por acá”. Y el último tiempo laburamos mucho en el intento de repensar la identidad de Red y de pensar su futuro. Pues está claro que no somos eternos y no queremos que los recambios sean muy traumáticos, como suelen ser por otra parte. Así que estamos tratando de hacer otra cosa, todavía no nos salió mucho, pero en eso estamos, algo avanzamos. Todavía no hay definiciones, no puedo contar, pero sí queremos pensar en la continuidad de la Red, cómo la vemos, cómo vemos el proyecto de la organización en cinco años para adelante. Cuesta mucho pensar para adelante, pero hay que hacer el esfuerzo.

MI: ¿Tienen contacto con otros centros? ¿Tomaron experiencias de otros lados (de otras provincias o de otros países)? ¿O fueron construyendo ustedes mismos/mismas su propio camino?

AG: Hay un poco de todo. Desarrollar “nuestro modo de hacer” fue pensado por nosotros, con una actitud de permanente revisión. Me parece que eso también nos ayudó, tener una actitud de estar evaluando lo que hacíamos, cuestionándonos. A veces, demasiado. Después, en el año 1992 nos encontramos gestionando en la Fundación Antorchas, una fundación que lamentablemente ya no está más, con la que construimos casi todos los edificios. Conocimos otras redes del conurbano, y armamos, también hacia 1992, lo que se llama Interredes que existe aún hoy, donde también estamos haciendo cambios y repensando el futuro. Con Interredes somos seis redes de quince distritos del conurbano, con 21.000 pibes. Estamos juntos desde 1992. Y somos muy diferentes. Está Cáritas San Isidro, la red Andando, el Colectivo de a Pie, la RAE y la Coordinadora de Matanza. O sea, cada red tiene su potencia y su fortaleza, y tiene sus debilidades y sus necesidades de complementarse con otras. Con Interredes fue muy importante siempre intentar incidir en las políticas públicas del Estado. O sea, toda la gestión con la nación, con la provincia, la hemos hecho como Interredes, pues al sumar más organizaciones tenés más peso, te escuchan más y generás un complemento muy interesante de experiencias y de modalidades. Eso ha sido siempre muy valioso para nosotros. Pero vos me preguntabas por las influencias, ¿no?

MI: Sí, sí, también.

AG: Formamos parte del Movimiento Nacional Chicos del Pueblo desde el año 2000, hasta que después el movimiento tuvo una gran crisis interna y externa y decayó como espacio activo. Para nosotros fue muy importante porque nos aportó una mirada política. Nos permitió encontrarnos con otros, el eje común era y es el trabajo con los chicos, ya sea viviendo con los chicos en los hogares o en los centros como los nuestros. Y ese espacio político nos permitió descubrir nuestra capacidad de movilización, nos permitió recorrer en las marchas nacionales muchas provincias, conocer otras organizaciones. Fue un momento de mucho crecimiento para nosotros. Lo mismo el Movimiento Campesino Indígena, el vínculo con el MoCaSE. Fueron experiencias muy potentes que nos sacudieron mucho y nos ayudaron a

tener más claridad en que nosotros tenemos la responsabilidad de tener una mirada política, aprendimos a ver a los chicos como sujetos políticos. Eso cuesta cuando la organización nació de la necesidad de la olla o la necesidad del cuidado, pero gradualmente fuimos creciendo. Y en estos últimos tres años iniciamos esta búsqueda instalando el Día de la Educación Popular y Comunitaria, que primero lo hicimos solos, invitando a otros, y ya el segundo año convocamos a otras organizaciones compañeras a que lo pensemos juntos. Es muy difícil ir instalando, pero de a poco lo estamos haciendo.

MI: Señalás estas marchas, las marchas de los chicos como un hito, digamos, como un momento en el que la Red se enfrenta a una discusión política.

AG: Al espacio público. Eso fue muy importante.

MI: A un espacio público. Bueno, va de la mano, ¿no? Me parece. Abrir el horizonte a la política, no a un partido sino a la política.

AG: Sí, sí, a la mirada política.

MI: A la mirada política. ¿Hubo a lo largo de estos treinta años algún otro hito que también los influyó, los marcó, les señaló un rumbo, les abrió una ventana para ir por ahí o que los obligó a rebobinar? Bueno, acá me estás planteando...

AG: Acá tenés las dos cosas. Me parece que también un hito interesante fue el área de jóvenes de la Red, integrada por los grupos de jóvenes de cada centro. El espacio de los jóvenes fue surgiendo a partir de 1997 y 1998. Los pibes a los 14 se suponía que se iban y, al no tener a dónde ir, se quedaban en la puerta. Entonces, de a poquito fuimos generando las áreas de jóvenes, que contaban con su propio espacio de formación política. Y ahí surgió todo este vínculo con el Movimiento Campesino Indígena, que fue una experiencia también muy formadora para nosotros. Los jóvenes viajaban todos los años al campamento latinoamericano, conocieron otras organizaciones, en algunas ocasiones viajamos otros con ellos. Y esto aportó y enriqueció mucho la formación política, y la complejizó. Y, además, permitió un cruce entre la vida en el campo y la realidad del conurbano, y a los pibes y pibas los enriqueció y les abrió también su mirada, y a los adultos también. O sea, fue muy interesante escuchar, conocer y ver cómo estaban organizados. Además, esas organizaciones campesinas implican toda la vida de una persona. En un punto nosotros a cierta hora nos vamos a casa, como si hubiera un corte, ahí no pasa eso: la vida, el trabajo, la familia, la vivienda, todo está de algún modo inscripto en la dinámica de la organización. Entonces, descubrir ese otro formato de organización también fue importante para nosotros. Ahora bien, estos espacios van haciendo sus procesos y los momentos políticos marcan distintas cosas. También visitamos el Movimiento Sin Tierra en Brasil con compañeros, con grupos, dos



Red El Encuentro es un proyecto que busca crear otra cultura para niños y jóvenes del Conurbano Bonaerense. *Archivo de imágenes Sofovial.*

veces fuimos. También fue un aprendizaje muy potente. Y, después, todo lo que significa interactuar acá con nuestras organizaciones, eso nos marca permanentemente.

MI: Si tuvieras que definir el presente cultural de estos territorios: José C. Paz, San Miguel, Malvinas, Moreno, ¿qué podrías decir de la cultura en este momento y en este lugar?

AG: ¿En qué sentido lo preguntas?

MI: En el sentido que se te ocurra. Digo, no vamos a discutir qué es cultura para vos, qué es cultura para mí. Digo, entiendo por cultura todas estas tramas que de algún modo consolidan una vida comunitaria o proveen a una vida comunitaria desde lo educativo, lo artístico, lo social.

AG: Sí, bueno, rápido identifico...

MI: Te pregunto esto porque yo soy forastera ya cada vez menos, pero no soy de acá. Y a mí me llamó mucho la atención cuando empecé a caminar los barrios la actividad cultural que hay es muy grande. Y se conocen, y si convoca uno todos van, Tinkunaco cubre y Sofovial lleva la cámara, y hay una rama que está en movimiento realmente. Me llamó mucho la atención porque en otras regiones no es tan consolidado, tan organizado en un punto.

AG: No sé, no sé cómo es en otras regiones, eso no estoy segura.

MI: Bueno, pero me llamó la atención lo de acá. Entonces, a todos les pregunto eso. ¿Cómo ven ustedes la cultura, el movimiento de la cultura, estas redes que se han armado? ¿Hay una coincidencia histórica incluso? El Encuentro, Sofovial, Culebrón Timbal. Digamos, experiencias diferentes que tuvieron devenires diferentes también, pero que contemporáneamente compartieron un espacio, luchas, en fin. Y que hoy se siguen hablando.

AG: Eso también.

MI: Con toda la dificultad que tiene.

AG: Con toda la dificultad que hay. Otra cosa se me cruzó que te iba a decir cuando hablábamos lo anterior, del tema del movimiento de mujeres. En un momento hablábamos de las mujeres. Quería volver un minuto con eso. ¿Puede ser?

MI: Sí, dale. Fundamental.

AG: En nuestra cultura no es ninguna novedad que el tema de los niños y su cuidado es un problema adjudicado a las mujeres, y de ahí el protagonismo rotundo de las mujeres en toda nuestra propuesta. Digamos, es un 80% de mujeres. Cambia un poquito cuando los chicos son más grandes, en el área de jóvenes hay muchos más varones a cargo, pero lo que tiene que ver con menores de 14 años y ni hablar en los chiquititos, mayoritariamente somos mujeres. Creo que fue una capacidad enorme de las mujeres salir a buscar las resoluciones y crear estas organizaciones populares como alternativa de solución, de resistencia, de lucha, de búsqueda. Y que, además, significó en este proceso nuestro que muchísimas compañeras que nunca habían salido de su casa tuvieran esa oportunidad de verse y conocerse en otros ámbitos, descubrir potencialidades. Todas hemos descubierto potencialidades enormes y hemos desarrollado capacidades con las que no contábamos. Hemos dejado muchos maridos en el camino también. Muchas situaciones de violencia que también pudieron resolverse con el crecimiento personal, la formación y sabernos acompañadas, comprendidas. Eso fue y es muy valioso. Y después cómo evoluciona el movimiento de mujeres y cómo, desde este lugar, muchas compañeras participan de los encuentros, de las marchas, de las reuniones con una mirada distinta con relación a las mujeres. Ni hablar de las chicas más jóvenes que asisten a los centros. Todos vamos teniendo posturas mucho más contundentes con un montón de temas y con más claridad. Me parece que eso también es muy valioso.

Finalmente, con relación a lo cultural, hay una búsqueda permanente de la expresión en todos sus aspectos. Entonces, las diversas expresiones del arte, “los cabezones”, el muralismo –hicimos este año, especialmente, unos talleres de muralismo–, el teatro, el baile, la música, el video. Esto como expresión (más tradicionalmente considerada) cultural, que es muy valorado y muy disfrutado por todos. El movimiento de murgas tiene toda una organización mucho más armada y es muy potente, muy interesante el tema de

la murga. Hay centros que tuvieron; algunos tienen; algunos no tienen dentro del centro, pero los chicos participan de otras murgas. Pero vos ves que hay una cosa común en todos de esta búsqueda de expresión.

MI: En los alumnos de las tecnicaturas en industrias culturales hay una búsqueda permanente: traen y hacen cosas, prueban, van y vienen. Hay un interés y ganas de transformación que contrasta con cierto hastío, con cierto agotamiento de modelos en el aula.

AG: Claro, lo que pasa es que estamos tan inmersos en la situación de la pobreza que esto te derrota del todo o juntamos fuerzas para luchar juntos. Y siempre nuestra actitud ha sido “veamos por dónde, busquémosle la vuelta, no nos achiquemos, hagamos todo lo que podamos”. Y en esa búsqueda permanente está la expresión cultural. La radio y el vínculo con la universidad también, nosotros tenemos un programa de radio en la Universidad General Sarmiento, allí van los chicos a cantar o leer. Todo eso resulta muy valioso como fortalecimiento personal y comunitario y para la expresión de los chicos. Es un aporte a su formación muy importante.

MI: Hasta aquí llegaron nuestras preguntas. ¿Querés contar o mencionar algo que no te haya preguntado?

AG: Por ahí, pensar en esta prepotencia de trabajo permanente. Muchas veces pensamos que nosotros podríamos haber tenido o debemos tener un rol de mayor denuncia pública y de mayor exigencia. Exigimos, pero, por ejemplo, además de hacer el esfuerzo de que los chicos lleguen a primer grado por lo menos habiendo agarrado un pincel, deberíamos organizarnos e ir con todas las familias a exigirle al Ministerio de Educación, a la Dirección General de Escuelas de la provincia que monten los jardines que hacen falta, y ejercer mucha mayor presión en el cumplimiento de la garantía de derechos que debería el Estado proveernos. A veces, nos hemos abocado tanto a la tarea y a sostener todo (que no es menor, para nada) y quedaron postergadas otras instancias. A veces, también hay desánimo en ese sentido porque tenemos que pelear por todo.

MI: Es que, por otra parte, este tipo de experiencias dan cuenta de una falta y esa falta siempre es el Estado, el que falta es el Estado.

AG: Sí, lo que también decimos es que, a esta altura del partido, nosotros no somos solo eso.

MI: No, claro. Treinta años después.

AG: Porque muchas veces te dicen: “No, lo que pasa es que, en realidad, las organizaciones existen por lo que no hace el Estado”. No, nosotros ahora lo que querríamos es hacer otras cosas y hacerlas

diferentes, y que los chicos coman con nosotros porque quieren y no porque, si no lo hacen, no van a comer. Entonces, sería hermoso que los chicos puedan elegir dónde quieren ir, que sus familias puedan elegir, que los chicos tengan la escuela y el jardín que necesitan, y que vengan con nosotros a hacer actividades culturales recreativas y a comer por placer. Ahora, una compañera de otro lado decía siempre: “¿Y si viniera el Estado y dijera: ‘Está bien, váyanse a su casa tranquilos, déjenos todo a nosotros’? Ni locos, esto lo hemos construido nosotros”.

MI: Bueno, ese es el punto en el que esta experiencia es una experiencia cultural. Ustedes hicieron un montón de cosas: desayuno, almuerzo, cena; les enseñaste a los chicos los palotes, el abecedario, la historia argentina. Hiciste un montón de cosas que teóricamente debería hacer el Estado y no hizo, pero todo eso se hizo en un momento dado, con determinadas personas, en un territorio delimitado, con voluntades y con tensiones que se resolvieron o que no resolvieron. La síntesis de eso es una experiencia cultural porque ahí quedó una trama que ha producido algo novedoso.

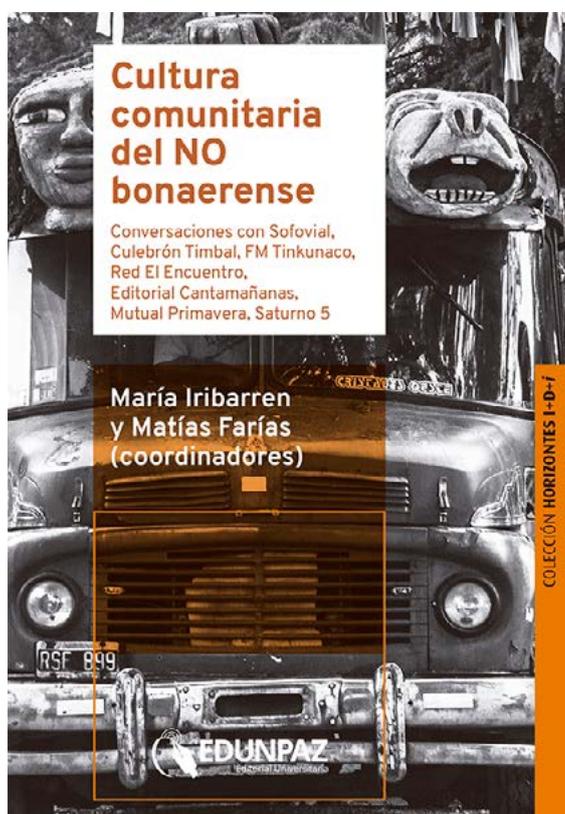
AG: Sí, sí, otra cultura organizativa, otra cultura en todos los planos. Sí, estoy de acuerdo. Cuando vos contás que en los centros discutimos, por ejemplo, el presupuesto (entre otras cuestiones que discutimos), te miran como diciendo: “¿Ustedes hacen eso?”. Y sí, nos consultamos. Hay un montón de cosas muy naturalizadas ya, casi. Lo que no significa que no seguimos teniendo millones de conflictos, por supuesto, como en todos los ámbitos, y que todo es en un marco de absoluta injusticia y de pobreza extrema. El deterioro de las personas ha llegado a un nivel muy grave y les niños absorben todo esto. Por ahí, en los centros los chicos y las chicas tienen crisis tremendas de llanto, de angustia, de enojo, y eso tiene que ver con lo que están viviendo. Porque es muy difícil lo que están viviendo: familias destruidas, mamás muy deterioradas, muchos papás ausentes, mucha frustración, mucho desamparo. La miseria es cruel y todo lo que rodea a la pobreza es injustísimo porque tenés la vivienda precaria, no tenés agua, el peor servicio de salud, la escuela en peores condiciones, el peor colectivo que entra al barrio, el peor pavimento, y entonces la vida es muy hostil, muy dolorosa.

Nuestro laburo con las familias, aunque se logra un montón en algunos casos, es un terreno en el que tenemos que seguir trabajando, porque no terminamos de armar un “modo de hacer” con las familias que sea realmente satisfactorio. No es por culpa de las familias. Las familias están en condiciones muy difíciles, nosotros estamos también en condiciones muy difíciles y cuesta mucho generar espacios participativos. Las fiestas son un buen momento, la familia viene, disfruta. Ese es un lindo momento que nos da mucha alegría y satisfacción, me refiero a que la familia elija estar en ese momento, que elija seguir mandando su hijo al centro, eso es súper valioso estando en condiciones tan duras. También hay familias que pueden esforzadamente sostener a sus hijos, tienen alguna forma de trabajo aunque sea precario y mal pago, y con eso arman una mínima estructura que permite que los pibes estén mejor.

Pero la pobreza te destruye. La instalación de la droga en los barrios, tenemos muchísimas familias muy jóvenes destrozadas, es irremontable. Es una cuestión que lleva muchos años, son varias generaciones sufriendo mucho.

MI: Me preguntaba si la dificultad en esa conversación o en ese puente con las familias no proviene, justamente, del agotamiento de la familia como organización.

AG: En realidad creo que las personas están agotadas de vivir en estas condiciones tan inhumanas. No sé si es el agotamiento al modelo de la familia como organización.



Cultura comunitaria del NO bonaerense: conversaciones con Sofovial, Culebrón Timbal, FM Tinkunaco, Red El Encuentro, Editorial Cantamañanas, Mutual Primavera y Saturno 5.

Coordinación general de María Iribarren y Matías Farías.

1ª edición, abril de 2021.

Universidad Nacional de José C. Paz.
EDUNPAZ, Editorial Universitaria.

ISBN: 978-987-4110-57-2